



Elisabet Cabeza y Aaron Sorkin en plena conversación online.

Sorkin: “Mi estado natural es el bloqueo del escritor”

MARC BARCELÓ

Aaron Sorkin (Nueva York, 1961) es guionista, director y dramaturgo teatral o, directamente, el ‘autor’ que ha creado más escuela en el arte del diálogo y el monólogo del Hollywood contemporáneo. Su estilo barroco y perspicaz ha cosechado multitud de premios (el Oscar por *La red social* de David Fincher) y muchos de sus

guiones, como el de la serie *El ala oeste de la Casa Blanca*, son considerados de culto.

Ayer, en el marco de las Conversaciones que organiza Industria en *streaming*, pudimos disfrutar de un Sorkin generoso y relajado acompañado por la periodista y cineasta catalana Elisabet Cabeza (Sabadell, 1965), que se declaró fan absoluta desde el primer minuto.

El diálogo tuvo un fuerte carácter político, como lo es toda la obra de Sorkin, que Cabeza resumió bajo el título de ‘la ética del poder’. “En muchas historias los poderosos son retratados como maquiavélicos o idiotas. Me gusta ir más allá”. En el mismo ámbito político y pensando en como las películas atraviesan las sociedades de arriba abajo, Sorkin hizo mención a lo que apela el eslogan más famoso

de Donald Trump: “no es que quieran volver a un lugar del pasado, como se suele decir, sino a un tiempo que nunca existió realmente, el de las películas que vieron, la América de Frank Capra. Es irónico, pues es el mismo grupo de gente que odia Hollywood”.

En el terreno personal, hubo tiempo para recordar sus inicios y lo tanto que le debe al desaparecido William Goldman (escritor de “La princesa prometida”), a quien Sorkin citó cuando Cabeza le preguntó por su propio estilo: “Goldman decía que mi escritura daba la sensación de ser una primera cita que lucha desesperadamente para conseguir la segunda”.

Su estimado mentor entró en su vida ya después de escribir su primer guion cinematográfico, basado en su propia obra de teatro (*Algunos hombres buenos*, dirigida por Rob Reiner). “Nunca fui un cinéfilo nato; lo mío era y sigue siendo el teatro. Todavía me siento un intruso en el mundo del cine, estoy aquí por accidente”. Incluso tener una idea para motivarse le parece casi un accidente, “mi estado natural es el bloqueo del escritor”, no tiene rutinas ni métodos para inspirarse; a veces solo conduce largas horas escuchando las canciones que le gustaban cuando era adolescente. Lo que sí le motiva para escribir es el cabreo, sobretodo en el terreno social y político.

Sorkin lleva 36 años en activo y así resume la evolución del cine comercial: “Hoy *El graduado* se habría hecho con un presupuesto bajísimo, con una productora independiente y alguien la habría visto en Sundance o en San Sebastián, pero nunca habría tenido el lanzamiento comercial que tuvo.”

Precisamente el lanzamiento comercial de su inminente *El juicio de los 7 de Chicago* se hará en Netflix, que compró el film cuando quedó sin fecha de estreno por la crisis sanitaria. Sorkin solo tiene palabras de agradecimiento a la plataforma, “aunque lamento profundamente que muy poca gente podrá disfrutarla como parte de una vivencia colectiva”.



El ala oeste de la Casa Blanca, una de las creaciones más conocidas de Sorkin.



Jessica Chastain en Molly's Game.

El guionista en el tejado

BEGOÑA DEL TESO

Aaron Sorkin no tendría tres años y era amiguito de otro crío, hijo de un actor de Broadway. Una tarde de domingo, cuando los padres no saben qué hacer con sus retoños, se los llevaron al teatro y los aparcaron entre bambalinas. Se

representaba *El violinista en el tejado*. Aaron, que luego escribiría *El ala oeste de la Casa Blanca*, *The Newsroom*, *Steve Jobs* o *Malicia*, entendió más bien poco de aquella fábula sobre un hombrecillo que hablaba con Dios por los tejados. Pero le fascinó el sonido de las palabras, una detrás de otra.

Un poco más mayor, Aaron Sorkin, director del film *Molly's Game* y de *Los siete hombres de Chicago*, volvió a la calle 42. Y contempló, obsesionado, *El hombre de la Mancha*.

Pero ni se le ocurrió ponerse a escribir. Escribir era eso que hacía, obligado, en la universidad. A la que iba, por

cierto, para lograr un título ‘de verdad’ antes de emprender la vida que quería, la de actor. Porque sí, Sorkin quería ser eso, actor. Y como todos los que sueñan con trabajos de tan baja estofa, sobrevivía malamente en un micro apartamento con su exnovia que, a la sazón, ya salía con su mejor amigo.

Un domingo, solo en aquella caja de zapatos, sin dinero, con la televisión estropeada, al igual que el equipo de música, sin nada que hacer y sin Internet (no estaba inventado aún...), Aaron le pidió prestada a su compañero de cubículo (otra criatura en apuros, un tribulete sin beneficio) la máquina de escribir semiautomática que él no estaba usando (porque nadie le había pedido un artículo ese fin de semana).

Sela dejó. Y por primera vez desde que salió de la universidad de Siracusa, Aaron se puso a escribir. Durante horas. Diálogos. No tan perfectos como los de *Studio 60 on the Sunset Strip*, pero sí bastante buenos.

Así empezó la carrera del guionista que piensa que nunca debes contarle al público algo que ya sepa, que en todo guion tiene que haber unos personajes que deseen hacer algo y que para lograrlo se vayan encontrando obstáculos (creados por el guionista) que tendrán que vencer (con la ayuda del guionista) o no (cuando el guionista se cabrea con ellos). La carrera de alguien que dice que los secretos de todo buen guion están ya desvelados en la “Poética” de Aristóteles (siglo IV a.C)

La carrera del hombre que se rompió la nariz contra un espejo porque acostumbra a ‘interpretar’ las escenas que escribe y midió mal el impulso de una que preparaba para Jeff Daniels.

Ese Aaron Sorkin que en 2019 puso en pie en Londres su versión teatral de “Matar a un ruiseñor” inauguró ayer, on line, los encuentros sobre Pensamiento y debate.



VEHÍCULOS CON CONDUCTOR

automóviles · microbuses · autobuses

LOS PROTAGONISTAS DE LA CARRETERA





943 39 38 48